

heridos y calumniados y oyendo aullar las fieras preparadas á devorarlos; y este Papa erigido en el trono mas alto de la tierra, perdiéndose entre nubes de incienso, con reyes por vasallos, con príncipes por guardias y por ejércitos, con una milicia espiritual que le abre hasta el sagrado de las almas, puesto mas arriba que los emperadores todos, y elevado como mediador y demi-urgo entre las sombras del mundo y los resplandores del cielo, para interpretar los secretos de la eternidad y ser el revelador de las verdades celestes y el intérprete de la humana conciencia. En el siglo undécimo llega, pues, á través de todas estas dificultades, el Pontificado romano á su mayor apogeo, constituyéndose así en el centro intelectual y moral de toda la Edad Media.

Tras el gran esfuerzo de Gregorio VII fundóse el régimen definitivo de la Edad Media. En el siglo quinto cuatro elementos capitales componen la civilizacion: las ideas de la Iglesia cristiana, los restos del mundo romano, el eclecticismo heleno-alejandrino, las irrupciones de las razas germánicas. Desde este tiempo, desde el siglo undécimo, los elementos, que componen la civilizacion, vendrán á ser: la Iglesia con sus obispos y el Papa, el Imperio con sus monarquías, el feudalismo con sus señores y caballeros, los municipios con sus ciudades y sus democracias. Pues á todos estos elementos les imprime su indeleble sello el Pontificado. La primera consecuencia social y religiosa de su soberano impulso encuéntrase en las cruzadas. Iba el mahometismo de vencida á fines del siglo undécimo, la cultura que tuviera en España concluía ya en una consuncion irremediable. Dos grandes figuras, que nos parecen legendarias, alzábanse entre las rojas nubes de las guerras y los suaves arreboles de la leyenda: al Occidente el Cid Campeador sobre Valencia, al Oriente Godofredo de Bouillon sobre Jerusalem. Esta ciudad santa, testigo de todos los misterios de la Pasion, debía llamar á las gentes religiosas por excelencia de aquellos exaltados siglos. Así los peregrinos abrieron las vías de los desiertos á los cruzados. Desde el año 1000, desde que Europa recobró la esperanza, cobró con ella el movimiento. Las naves italianas llegaban á los antiguos puertos de Fenicia y sus tripulantes traian tierra del Calvario para henchir los cementerios en que debian enterrarse los ciudadanos de las libres Repúblicas mercantes. El Oriente, pues, resplandecía á los ojos del Occiden-

te, como un templo, donde el misterio avivaba las alucinaciones de la fe. A esto se unia, como en nuestra conquista de América, el eterno vellocino de oro, que tienta los bajos instintos y que, sin embargo, mueve á las mas altas empresas. Un solitario, Pedro el ermitaño, predicó la cruzada, y al poco tiempo veíanse por todas partes soldados en armas con la roja cruz sobre el pecho. El delirio era tanto que las gentes se dejaban sus hogares, sus familias, su patria por ir á la Jerusalem terrestre y tras la Jerusalem terrestre á la Jerusalem celestial. Francia ardía como un incendio de místico amor. A sus costas bajaban, provinientes de Escocia y de otras tierras del Norte, sencillos bárbaros que, ignorando las lenguas del centro de Europa, hacian con los dedos de ambas manos varias cruces para indicar dónde iban y lo que deseaban. Nadie se curaba de si tenia jefe ó no; todos repetian las palabras de Salomon y se comparaban á esos enjambres, que sin tener rey ni guia, vuelan juntos. A la cabeza de todos se encontraba Godofredo de Bouillon, príncipe de sangre franca y germánica. Sometido por deber y por gratitud al emperador de Alemania, estuvo en los sitios de Roma y esgrimió sus armas contra el Papa. Para rescatar esta falta, emprendió su cruzada á Jerusalem y se puso al frente de todos aquellos ejércitos engendrados por la poesía de la fe. Era de tal fuerza que hendía de un tajo á un hombre y de tal castidad que á los treinta y ocho años le llamaban el rey vírgen. Sus costumbres tenían tanta sencillez que se acostaba en tierra y en tierra se asentaba durante sus frugales comidas. Y como lo extrañaran los embajadores enemigos díjoles: «Acerquémonos cuanto podamos al elemento donde hemos de dormir por toda una eternidad.» Imaginaos de qué suerte conmoverian á tales primitivas almas ciudades como Constantinopla con sus cúpulas doradas y sus palacios de mármol, ó como Antioquía con sus trescientas sesenta iglesias y sus cuatrocientas cincuenta torres. Imaginaos lo que sentirian al descubrir á Jerusalem, objeto de tantas ansias, término de tantas peregrinaciones, prenda y precio de tantos y tan porfiados combates. Ocho días anduvieron descalzos en torno de sus muros; y luego, concluida esta tregua santa, la arremetieron con furor y la tomaron despues de grandes y cruentos sacrificios. Tras tanto esfuerzo cayeron en gran desengaño y tocaron gran desaliento como siempre que se encierra un ideal en la realidad y como siempre que se cumple un deseo en la vida. Seiscientos



mil hombres se cruzaron; veinticinco mil vieron á Antioquía; muchos menos á Jerusalem; y cuando la ciudad santa fué tomada, solo quedaron trescientos caballeros para custodiarla. Así Godofredo de Bouillon murió en la languidez y en la tristeza del desengaño, como aquellos israelitas, que al través del desierto, buscaban la tierra prometida, por cuyos senos corrían los arroyos de leche y miel, y solo veían la triste y pedregosa Palestina; como aquellos navegantes, que al través de los mares, buscaban costas donde las perlas se encontrasen á flor de agua y los diamantes y el oro á flor de tierra y solo descubrieron selvas inexploradas, terrenos sujetos á la miseria y fecundables por las porfías del trabajo. Todo ideal humano nace, como toda humana criatura, entre lágrimas y sangre. Godofredo espiraba á la triste languidez del desengaño, sin comprender todo cuanto había hecho en aquella obra, todo cuanto había dejado en aquellas vías, todo cuanto había conseguido en aquella conquista. La enemiga entre Europa y Asia disminuye; la actividad del comercio y del trabajo aumenta; la ojiva gótica, alzada sobre columnas semejantes á las palmeras del desierto, recoge las oraciones aladas de las conciencias que comenzaban á sentirse libres; las castas se reconocen unidas por su origen y por su destino en la piadosa comunidad de sus dolores y de sus sufrimientos; las comunidades se fundan y las democracias surgen; la ciencia brota en el seno de la teología; la mujer se redime de su antigua servidumbre; y un Nuevo Mundo social se dibuja entre los áureos arenales y los caldeados cielos del mas antiguo y mas sagrado de todos los continentes. No ha podido la cruzada redimir á Jerusalem, no ha podido el Cristianismo rescatar el sepulcro de Cristo. Las fatalidades terribles de la materia y de la fuerza se han impuesto á las expansiones sublimes del espíritu. Pero esta gran guerra, concebida primero por la vasta inteligencia de Gregorio VII, iniciada por el Papa Urbano IV, sostenida por tantos reyes y Pontífices, á manera de esas inundaciones fecundantes que á primera vista destrozan y matan pero que luego avivan y abonan, dejó innumerables gérmenes de instituciones y de ideas en el seno de la Edad Media. Ya solo se necesitaba que viniese un Papa feliz á demostrar cómo era posible sostener la monarquía pontificia ideada por Gregorio VII. Y en efecto, surgió en el siglo décimotercio el gran Papa, que debía recoger todas las cosechas por su inmortal antecesor sembradas. En Ino-

cencio III llega el Pontificado á su zenit, y no va mas allá, porque precisamente en Inocencio III comienza tambien, sobre su sepulcro mismo, el primer albor de la revolucion religiosa, que nos proponemos historiar en este libro, y que ha de revolverse contra los dos polos de la sociedad feudal, contra el Pontificado y el Imperio.